

## ***EL ORIGEN DE LOS CELTAS EN LA PENINSULA IBERICA. PROTOCELTAS Y CELTAS***

***Martín Almagro-Gorbea***  
*Universidad Complutense*

En los últimos años el avance en la investigación sobre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica ha permitido renovar profundamente los conocimientos sobre el mundo tartésico e ibérico (Almagro-Gorbea *et alii* ed. 1992), pero no ha ocurrido lo mismo en el campo de estudios célticos, a pesar de hallazgos tan importantes como los bronceos de Botorrita (Fatás 1980; Beltrán-Tovar-Porta 1982). Sin embargo, el estudio de los Celtas constituye uno de los temas más atractivos de la Protohistoria de la Península Ibérica, esencial para comprender su formación étnica y cultural. Al mismo tiempo, es uno de los campos peor conocidos del mundo céltico, hecho que junto a su personalidad, explica el creciente interés suscitado por los celtas hispanos en la investigación internacional.

Sin embargo, este reciente interés por los celtas de la Península Ibérica tropieza, tanto en España como en el extranjero, con una dificultad cada día más evidente: explicar su origen y características peculiares, aspectos interrelacionados de cuya solución depende la interpretación de la problemática actual sobre este pueblo y su cultura.

En efecto, el solar de los Celtas tradicionalmente se ha considerado Europa Central (Powell 1958:15 s.; Pauli 1980; Renfrew 1987; Ruiz Zapatero e.p.; etc.), desde donde se habría extendido por toda la Europa Occidental y buena parte de Centroeuropa, llegando hasta la lejana Galicia y el Norte de Italia, en gran parte gracias a una impresionante y tardía expansión, atribuida a diversas invasiones (Duval-Kruta 1979), que ha marcado las actuales concepciones generales sobre el mundo céltico.

Pero, en realidad, no se conoce su origen ni su evolución antes de la Edad del Hierro (A.A.V.V. 1991:75 s.) y, aun menos, cómo y cuando llegaron a las regiones atlánticas y, concretamente, a la Península Ibérica, donde ofrecen un especial interés por ser el extremo más occidental de la *keltiké* y por aparecer en ella las primeras referencias históricas griegas a los celtas, como la *Ora Maritima* (1, 185 s., 485 s.)

y Herodoto (2, 33; 4, 49) (Fischer 1972).

Por otra parte, los elementos célticos de la Península presentan indudable personalidad debido al largo contacto con culturas locales, ya que asimilaron elementos tartésicos e ibéricos, pueblos que ocupaban las regiones meridionales y orientales. De este modo se enriqueció su cultura, por lo que poseyeron escritura, cerámica a torno, urbanismo, etc., hasta el punto de que ofrecen un importante conjunto epigráfico, testimonio directo de su lengua y su mentalidad, muy anterior a las tradiciones literarias irlandesas medievales. Estas características también explican que griegos y romanos se refirieran a ellos con el acertado nombre de Celtíberos (Hübner 1899; Koch 1979; Burillo 1988), que expresa la doble raíz cultural y étnica ya aludida por Marcial (*Epig* I, 55, 8-10).

Para comprender el estado actual de la cuestión sobre los celtas hispanos, es necesario hacer referencia a la historia de su investigación, aunque sea sin entrar en una visión historiográfica detenida de este problema (Ruiz Zapatero 1985:24 s.). Tras los trabajos de lingüistas como H. d'Arbois de Juvainville (1904:104 s.) y de los estudios históricos basados en los textos clásicos por A. Schulten (1914), P. Bosch Gimpera identificó a los Celtas con los Campos de Urnas descubiertos en el NE. peninsular a partir de 1920 (Bosch Gimpera 1921; 1932; 1944; etc.), lo que le permitió establecer la tesis, mantenida casi 70 años, de la llegada de los celtas a la Península Ibérica en varias invasiones u oleadas relacionadas con dicha cultura.

Esta interpretación ha planteado crecientes dificultades en la investigación, al no documentarse en el registro arqueológico dichas invasiones. En consecuencia, Almagro (1935; 1952) optó por una invasión única o indiferenciada, siguiendo otros autores una u otra tendencia (Maluquer 1946; Beltrán 1960; etc.).

Por otra parte, la terminología arqueológica empleada para los hallazgos peninsulares, al ser de origen centroeuropeo, dada la prioridad y el predominio de la investigación centroeuropea en este campo, planteaba serias dificultades al ser aplicada a elementos peninsulares, que poco tenían que ver con dichos conceptos en Europa Central. A esta situación se añade el que dicha terminología utilizaba de forma muchas veces equívoca términos étnicos, lingüísticos y arqueológicos sin suficiente criterio crítico, como invasiones o cultura celtas, Campos de Urnas, indoeuropeos, hallstático, post-hallstático, La Tène, etc., lo que aumentó su imprecisión.

Paralelo al desarrollo de los estudios arqueológicos, los lingüistas, especialmente Tovar (1950; 1957; 1961; etc.) seguido por sus discípulos (Albertos 1983b; de Hoz 1983), mantuvieron la idea de varias invasiones, básicamente dos o tres (Villar 1991), pero sin poder precisar su época, vías ni modo de llegada. La más antigua habría traído una lengua considerada precelta, identificable, entre otros elementos, por haber conservado palabras con *P-* inicial, como algunos escasos textos conocidos del Lusitano (Tovar 1985; Gorrochategui 1985), aunque otros lingüistas, como Untermann (1987) Prosdocimi (1989a), consideran actualmente el Lusitano como otro dialecto céltico, lo que parece confirmar su onomástica y teonimia (Albertos 1983; 1983c; de Hoz 1985; Untermann 1985b). Estos elementos, documentados por el Oeste Peninsular y las regiones atlánticas más alejadas, habrían sido arrinconados posteriormente por los Celtas propiamente dichos, originarios de las áreas centrales

del Sistema Ibérico y del Este de la Meseta a más de 1000 metros de altura, cuya lengua, conservada en inscripciones en alfabeto ibérico y latín, sería el "*celtibérico*" (Lejeune 1955; Tovar 1973; Gorrochategui 1991). Esta lengua sería más arcaica que el goidélico y el britónico, lo que se adecuaba a su situación marginal en el mundo céltico (A. Beltrán *et alii* 1982).

Pero lingüistas y arqueólogos han trabajado de hecho casi todo el siglo sin lograr una visión de síntesis necesaria para llegar a explicar el origen de los Celtas en la Península Ibérica, problema esencial desde todos los puntos de vista para superar la contradicción aparente entre datos lingüísticos, históricos y arqueológicos. En consecuencia, parece llegado el momento de exponer a la discusión pública una síntesis planteada, más que como una solución a tan complejo y difícil problema, como una hipótesis de trabajo que sirva para potenciar y reconducir la investigación en estos campos de los estudios célticos a fin de romper de este modo el estancamiento que durante tantos años ha producido la falta de innovación de ideas y perspectivas.

\*\*\*

A partir de los años 1970 la revisión de la Cultura de los C.U. ha logrado llegar a precisar su dispersión por el cuadrante Noreste Peninsular (Almagro-Gorbea 1975; Ruiz Zapatero 1985), lo que ha permitido replantear las tesis invasionistas apoyadas en la misma, pues su zona de expansión no coincide con la de los Celtas según los textos históricos (Schulten 1959:65 s.; Koch 1979) ni con la de los testimonios lingüísticos documentados por el Centro (Tovar 1973) y, en todo caso, por el Occidente peninsular (Palomar Lapesa 1957; Untermann 1965; Albertos 1983). Además, la cultura de los C.U. del NE. Peninsular da lugar, sin solución de continuidad, a la Cultura Ibérica (Almagro-Gorbea 1986:480 s.), lo que hace suponer que estas gentes, tal como confirman los hallazgos epigráficos (Untermann 1980; 1990) y las referencias históricas, hablaban ya ibérico, lengua que no es céltica, ni siquiera se considera indoeuropea (Tovar 1961:15 s.; Untermann 1981; de Hoz 1983).

Para ayudar a resolver este problema es necesario profundizar en la evolución cultural de las áreas centrales de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea 1987; 1987a), donde los autores clásicos situaban la antigua "*Celtiberia*" (Plinio, *NH.* 3, 29) y de donde proceden la mayoría de los testimonios culturales célticos (Almagro-Gorbea-Lorrio 1987), lo que ha permitido comprender la formación de la "*Cultura Celtibérica*" mejor incluso que en el mundo clásico (Diod. 5, 33).

Dichas zonas, a partir de la Edad del Bronce, hacia mediados del II milenio a.C., aparecen ocupadas por un ambiente cultural actualmente denominado "*Cultura de Cogotas I*" (Fernández Manzano 1985:66 s.; Almagro-Gorbea 1986:363 s.), que ofrece pobres poblados de llanura y raramente en lugares elevados, evidenciados por basureros con restos de huesos, cerámicas incisas, excisas y otras toscas de almacén, con una economía agrícola y ganadera con predominio de ovicápridos que permite suponer una trashumancia local. A partir de fines del II milenio se evidencia la

creciente asimilación de elementos metálicos del Bronce Atlántico (Ruiz Gálvez 1984; Coffyn 1985), junto a los que se atestiguan elementos ideológicos comunes como ritos de ofrendas a las aguas (Ruiz Gálvez 1982).

En el I milenio, hacia el siglo IX a. C., en la zona central del Sistema Ibérico, la futura Celtiberia, se documentan poblados predominantemente agrícolas sobre las vegas de los ríos sin aparente interés defensivo (Valiente 1984) y que pudieran representar la penetración de pequeños grupos aislados y agricultores. En ellos aparece alguna cerámica originaria de los C.U. (V. Martínez-J. Arenas 1988) fruto de una cierta *deriva cultural* característica de zonas fronterizas, pero otras formas con decoraciones geométricas incisas y excisas, tipo Ecce Homo IIA, son extrañas a dicha cultura y los objetos de bronce como fíbulas de codo, espadas, etc., son de origen atlántico meridional, por lo que pueden considerarse como "*proto-tartésicos*", tal vez relacionados como una tradición de chozas redondas que se documenta paralelamente. Pero ni en la *Cultura de Cogotas I*, ni en su continuación en la de Ecce Homo IIA en la zona carpetana del Tajo (Almagro-Gorbea 1988:170 s.), ni en la de Soto de Medinilla ni al inicio de los Castros Sorianos en el Valle del Duero (Sacristán 1986:43 s.; Romero 1991:57 s.), ni en la de Baiões en el Norte de Portugal (da Silva 1986:33 s.), se documenta el rito de la cremación, lo que permite diferenciarlas con seguridad de los C.U.

Sin embargo, este substrato cultural, generalizado en la transición de Bronce Final a la Edad del Hierro por la Meseta y el Occidente de la Península Ibérica, parece coincidir con algunos elementos culturales y lingüísticos muy peculiares, analizados a continuación, que se pueden y deben considerar como "*protoceltas*", pues aunque muestran características muy primitivas, ya ofrecen relaciones, a veces muy interesantes, con la posterior cultura céltica. Por ello, cabe considerarlos, más que como de desarrollo paralelo al mundo céltico continental, como cronológicamente anteriores al mismo, ya que conservan un aspecto más arcaico que parece apuntar siempre a un substrato de tipo indoeuropeo.

El primer elemento a tener en cuenta serían los testimonios lingüísticos, a los que se hace referencia más adelante. Como se ha señalado, corresponden a una lengua indoeuropea de tipo occidental antiguo, cuyo mejor testimonio son algunos etnónimos, antropónimos y topónimos precélticos que, entre otras características, conservan la *P-* inicial, por lo que se relacionan con el posterior Lusitano, ya diferenciado de la lengua celtibérica (Tovar 1985; Gorrochategui 1985; Untermann 1987).

Pero entre dichos elementos culturales cabe considerar también un substrato ritual e ideológico muy antiguo, que se documenta por todo el cuadrante NW. de la Península, aunque alcanza buena parte de su mitad meridional e incluso del Valle del Ebro, por lo que parece coincidir con los elementos lingüísticos y culturales señalados.

Estos elementos rituales, en su mayor parte, se conocen por ciertas referencias de las fuentes escritas de significado hasta ahora discutido (Bermejo 1986; Tranoy 1988). Sin embargo, recientemente, ha sido posible documentar su relación con elementos epigráficos o arqueológicos, como los hasta ahora nunca estudiados "*altares rupestres*" o las "*pedras formosas*" de la Cultura Castreña (Almagro-Gorbea-

Moltó e.p.; Almagro-Gorbea-Alvarez e.p.). En éstos se han podido identificar, gracias a la referencia que da Estrabón (III, 3, 6), la existencia entre las poblaciones montañosas del Duero de "*saunas*" para ritos iniciáticos de guerreros, característicos de dichas gentes.

Esta relación entre textos escritos y hallazgos epigráficos y arqueológicos, al permitir su mutua confirmación, aumenta su interés, pues integra en la interpretación de conjunto aspectos hasta ahora desconocidos de la estructura social e ideológica de unas poblaciones que ya Estrabón (III, 3, 7) consideró las más primitivas de Hispania, como Lusitanos, Galaicos, Astures, Cántabros, Vascones y del Pirineo, poblaciones que, a juzgar por sus características y por el mismo testimonio de Estrabón y de otros autores, pueden considerarse como un substrato culturalmente anterior a los "*celtas*" históricos. A dicho substrato cultural, cabe atribuir costumbres referibles a la esfera ideológica, como creencias y ritos, otras, a la social y otras, a la lingüística, aunque en muchos casos estén relacionadas entre sí.

En el campo de las creencias hay referencias a un dios innominado asociado al plenilunio (Str. III, 4, 16), que hace suponer una ausencia total de iconografía y se relaciona con cultos a la luna (II Concilio de Bracara, canon 72) o cósmicos, asociados a danzas en círculo. También con estas tradiciones cabe relacionar la existencia de cultos fisiolátricos. El mejor documentado es el culto a piedras, que perduró en el mundo celta (Martín Dumiense, *De correct. rust.* 16; Prudencio, *Contra Simaco*, II, 1005-1011; III Concilio de Bracara, canon 73; XII Concilio de Toledo, canon 2), al que se debe asociar los citados "*altares*" o santuarios rupestres, como los de Cabeço de Fragoas, Panoias, Ulaca, etc., de amplia dispersión por todo el cuadrante NW peninsular, pero del que hay testimonios que alcanzan el País Vasco (Axtroki, Guipúzcoa), el Valle del Ebro (Val Imaña, Escatrón, Zaragoza) y, probablemente, el Sistema Ibérico (Peña de la Cruz, Albarracín). Con dichos cultos fisiolátricos también se podría relacionar el de los montes, como los documentados por el topónimo *Cand-*, referente al dios de la luz y la montaña y relacionado con Júpiter (Albertos 1974; Blázquez 1983:283; Bermejo 1986:125). Igualmente importantes parecen las divinidades de las aguas, a las que se dedicarían las ofrendas de armas documentadas en la Edad del Bronce (Ruiz Gálvez 1984). Algunas de estas divinidades acuáticas ofrecen nombres protocélticos, como *deo Salamati* (de Hoz 1986b:45; 1986c), o *Deva, Navia*, etc. y la posterior frecuencia del culto a los *lares viales* (Bermejo 1986:193 s.) tal vez sea relacionable con la costumbre de poner a los enfermos en los caminos (Str. III, 3, 7) para ver si sanaban.

Muy características de dicho substrato ideológico son divinidades de tipo muy antiguo, que parecen corresponder a una concepción originariamente no antropomorfa<sup>1</sup>, asexual, tal vez por ser de sexo ambivalente, en ocasiones asociadas a los santuarios de peñas señalados y atestiguados epigráficamente por apelativos en *Bandu-*, *Cosu-*, *Navia-*, o *Reve-*, documentados por las regiones occidentales (García Fernández-Albalat 1990:mapa 6).

---

<sup>1</sup> Esta característica tal vez podría explicar la indicación de Estrabón (III, 4, 16) de que los Galaicos carecen de dioses.

Entre estas divinidades destaca *Band-*, divinidad relacionada con la cohesión (*\*bhendh-*, unir, ligar, probablemente con sentido mágico y figurado). Se ha interpretado como divinidad de bandas o fratrías de guerreros a las que se alude más adelante, así como de la vinculación o *devotio* de éstos a su jefe (García Fernández-Albalat 1990:109 s.). Sus connotaciones guerreras, por su relación con dichas fratrías, explicaría su asociación con Marte (García Fernández-Albalat 1990:181 y 340) y, dado el carácter de la guerra en el mundo céltico, sus propiedades mágicas (García Fernández-Albalat 1990:200 s.) y sus relación con el Más Allá, como entre guerreros germanos, los *fionna* irlandeses, los *varuna* de la India y, probablemente, los *salii* y *luperci* romanos, etc.

Pero algunos epítetos en *-briga* de esta divinidad, como *Aetobrigus*, *Lanobrigae*, etc. (de Hoz 1986b:40 s.; García Fernández-Albalat 1990:112 s. y 158) y su iconografía de *Fortuna-Tyché* en la pátera de *Band(ua) Araugel(ensis)* (Blanco 1970; de Hoz 1986b:39; García Fernández-Albalat 1990:123 s.), confirma su carácter esencial de divinidad primordial y propiciadora de toda la comunidad, a la que estaría particularmente vinculada, tal vez como garante de la unión de la misma<sup>2</sup>.

Otra de estas divinidades es *Cossus*, que corresponde a un dios de carácter guerrero extendido por todo el NW., quizás vinculado a la realeza (Blázquez 1983:280-281; Bermejo 1986:107; García Fernández-Albalat 1990:245 s.). En Paços da Ferreira aparece asociado a una peña onfálica, centro de un *templum* que evidencia concepciones cósmicas célticas de tipo *nemeton*. Uno de sus epítetos *Oenaecus*, confirman su vinculación a la asamblea jurídico-religiosa de guerreros de tipo indoeuropeo, como la *oenach* de Irlanda, la *Ghilde*, de los germanos (García Fernández-Albalat 1990:266) y la *curia* o *\*co-wiri-a* itálica.

Divinidad vinculada al agua es *Navia* o *Nabia*, relacionada con el acceso al *sidh* a través de los ríos, lo que puede explicar la tradición de arrojar armas a ellos (Ruiz Gálvez 1984) y mitos como el río del Olvido (Str. III, 3, 5; Silio Itálico I, 236; Id. XVI, 476-7; Livio *Per.* 55; Floro, I, 33, 12; Apiano, *Iber.* 74; Plut., *Quaest. Rom.* XXXIV; Plinio, *NH.* IV, 115; *Pap. Oxyrh.*), considerado del Infierno (García 1986:75 s.). Por ello tendría carácter psicopompo y en ocasiones aparece relacionada con juramentos, pues uno de sus epítetos es *Tongoe* (Blázquez 1977:320). Otro apelativo, *Corona*, la relaciona con el dios *Coronus* (García Fernández-Albalat 1990:329), cuya etimología procede de *\*korios*, *\*korio-nos*, como la de *Herjann*, epíteto de *Odhinn* como "jefe de los ejércitos", por lo que tendría funciones guerreras y de protección de toda la comunidad<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Esta función permitiría relacionar a *Bandua*, de la raíz *\*bhidh-*, con *Dius Fidius*, que ha dado *Fides*, divinidad protectora del pacto, tanto "político" como personal o de guerra (Prosdociumi 1989:439) y, tal vez también, con la invocación de *Fortuna Viscata*, diosa muy arcaica del panteón itálico, de tipo primigenio y cósmico y relacionada con ritos de paso de la comunidad (Champeaux 1982:442 s.).

<sup>3</sup> *Corona* o *Coronus* sería, por tanto, una divinidad protectora de la comunidad como "jefe de la curia" (*\*co-wiri-a*) o asamblea de los hombres-guerreros, relacionada con *Quirinus* (<*\*co-wiri-no-*). También se puede tener en cuenta la interpretación *Curis* (= lanza en Sabino); cf., Massa-Pairault

También entre estas divinidades está *Reua-*, relacionada con la llanura (García Fernández-Albalat 1990:316 s.), en sentido de "*campo de batalla*" y de Más Allá. Por tanto, parece tratarse de una divinidad femenina madre de dioses y de la guerra, que representa la tierra como raíz de la soberanía unida míticamente al rey guerrero, mientras que la relación epigráfica entre *Reve Larauco* y *Larauco Deo Maximo* evidencia su asociación a Júpiter.

Otro aspecto cultural muy peculiar e interesante es el ritual, ciertamente relacionado con dicho campo ideológico. Hacían hecatombes (Str. III, 3, 7) y la inscripción de Cabeço das Fragoas (Tovar 1985; de Hoz 1986b:48) y algún bronce (da Silva 1986:l. 97) documentan un rito comparable al *sautramani* indio y al *suovetaurilia* romano (Dumézil 1977: 216 s.), sacrificios de purificación colectivos asociados a la censura, al ejército, al territorio, etc<sup>4</sup>.

Bien documentados en relación con este substrato son las referencias a augurios y adivinación (Apiano, *Iber.* 85; Plut. *Apoph. reg.* 16; II Concilio de Braga, canon 72; XVI Concilio de Toledo, canon 2), también documentados entre los vascones (SHA, *Vita Alex.* 27, 6). Se empleaban los sueños (Suet. *Galb.* 9, 2), las aves (Silio Itálico III, 344-345; Martín Dumiense, *De correct. rust.* 6), el exámen de entrañas (Str. III, 3, 6; Silio Itálico III, 344-345), el fuego (Silio Itálico III, 344-345), el agua (Suet. *Galb.* 8, 3; Plinio, *NH.* XXXI, 23) y, en ocasiones, sacrificios de prisioneros (Str. III, 3, 6; Martín Dumiense, *De correct. rust.* 8; Plut., *Quaest. Rom.* 88)<sup>5</sup>.

Igualmente se conocen ritos ordálicos sumamente peculiares, como introducir al parricida en un odre con un perro, un gallo, una vívora y una mona para ser arrojado al agua aislado del cielo (Justiniano, *Institutiones* IV, 18) o despeñar a los condenados a muerte y lapidar a los parricidas fuera del territorio (Str. III, 3, 7) (Bermejo 1986:28 s.).

En determinadas circunstancias existía prohibición del uso del hierro, cuya aparición se consideraba producto del rayo y donación del dios de la tormenta (Justino XLIV, 3, 6), lo que recuerda otros tabúes sobre el uso de dicho metal, siempre en contextos sacros, tanto del mundo latino (Ryckwert 1976:46 s.; Bricquel 1987) como del céltico (Plinio *NH.* 16, 95), que sólo se explican por costumbres ancestrales procedentes de la Edad del Bronce.

---

1986:31, (<\*koryo = ejército, cf. E. Benveniste 1969, 1: 111 s.), que ha dado *harjis* o *herr*, en germánico (*heeren* = desvastar en alemán, *herian* = razziar, en islandés). Este epíteto hace pensar en el de Juno en Veies (Marciano Capella 2, 149: *populonam plebes curitim memorare debent bellantes*), la *Juno curitim*, armada de lanza, esto es, de las curias u hombres con lanza, mientras que *populona* indica su protección al *populus*.

<sup>4</sup> A este mismo significado ritual pudo aludir la inscripción del ara de Póvoa (Penafiel, Portugal) (Le Roux-Tranoy 1983: 252; García 1990: 150), que hace referencia al sacrificio de una vaca y un buey a *Navia Corona*, de un cordero a *Navia*, de un cordero y un ternero a Júpiter, de un cordero a *Lida* el 5 de Abril, lo que se ha interpretado como ritos propiciatorios de la cosecha, pero que pudieran ser cultos propiciatorios de toda la colectividad.

<sup>5</sup> Este tipo de sacrificio es característico entre los celtas, A. Schulten 1952: 212; J. L. Brunaux 1986.

Especial interés tienen los ritos relacionados con actividades guerreras, elemento esencial en esa primitiva estructura social, en la que la guerra ocuparía un lugar esencial. Para dichas actividades se formaban fratrías de guerreros vinculados mágicamente entre sí, a su jefe y a su divinidad (García Fernández-Albalat 1990:109 s.), organización que implica la *devotio* al jefe del grupo, pero también debieron existir vínculos con sus comunidades de origen, que cabe suponer serían de tipo *castellum* o "*castro*", tal como indica el peculiar *origo* de estas gentes (Albertos 1975; Pereira 1983), que debe considerarse pregentilicio y, en todo caso, denota una estructura de carácter muy primitivo.

Muy interesantes son también las noticias que Estrabón (III, 3, 6) ha transmitido sobre el armamento de estos guerreros. Su panoplia resultaba anacrónica al final de la Edad del Hierro y parece propia del Bronce Final (Ruiz Gálvez 1984), pues estaba formada por una pequeña rodela cóncava sin abrazadera ni asa, corazas de lino, cascos de cuero y puñales (*paraxiphís*) y dardos (*'akóntia*)<sup>6</sup>. A su vez, los infantes (*pezoi*) llevaban glebas (*knemídes*) y lanzas "*con puntas de bronce*" (Str. III, 3, 6: *tinès dè dóratí chróntai 'epidoratídes dè chálkeai*)<sup>7</sup>. A estos guerreros con tal armamento, quizás de carácter ritual, podría atribuirse una referencia epigráfica que parece documentar unos *lanceoi*, término interpretable como "*lanceros*" o guerreros armados de lanza, que aparece en una inscripción votiva de Remeseiros, Vilar de Perdizes (CIL II, 2476)<sup>8</sup>, que se ha considerado alusiva a la renovación de la *res*

---

<sup>6</sup> La referencia al raro empleo de petos de mallas y de cascos de tres penachos (*trilophía*), así como a falcatas (*kopís*) parece reflejar la introducción de innovaciones en la panoplia desde el área celtibérica, aunque la documentación iconográfica del casco de triple penacho en la diadema de San Martín de Oscos (F. Marco e.p.) y en cerámica de Numancia (Almagro-Gorbea-Lorrio 1992: 432) pudiera tratarse de un elemento de substrato conservado entre los arévacos por motivos rituales.

<sup>7</sup> Este hecho hace suponer el origen de este armamento en el Bronce Final y parece confirmar la antigüedad de esta panoplia, totalmente desfasada a fines del siglo II a. C.

<sup>8</sup> Existen diversas lecturas de este epígrafe (Rodríguez Colmenero e.p.:9s), pudiéndose ofrecer: CALLIDA REBURRI / ROGO? DEV (m) ADIVT(orem) OICEMIC(um) / C(oadiuvet nos) IN AC(ta) CONDUCTA CONSERVANDA VT / SI QIS IN AC(ta) CONDUCTA P(erfidiam) MIGI AVT MEIS M? / INV(ocaverit) SI R(estat) QVAEQVMQVAE RES.AT(qui) MIIS EA/ ACTA A(rripiet) SIS(cit) SI L(icet) SI QVIT.EA PR(a)ES(ente) V(otum) S(olverunt) L(ibenter) V(olentes) D(e) S(uo) / LANCEROI.

*Laceroi*, aunque se puede relacionar con antropónimos y topónimos peninsulares (Grosse 1924; Albertos 1966: 128), en este caso podría denominar un grupo social en un arcaico nominativo plural en -oi característico del Lusitano (Tovar 1985: 250). Debe tenerse en cuenta que Varrón (Gell. XV, 30, 7) considera la palabra *lancea* de origen hispano (Grosse 1924), por lo que dichos *lanceoi* del Lusitano pueden ser el equivalente a los *hastati* en Latín, *hostatir*, en Umbro (Prosdociami e.p.), los *curetes* sabinos (*Curis* es lanza en Sabino, por lo que *Curetes* serían los hombres armados de lanza, cf. Massa-Pairault 1986: 31 s., lo que explica que *Iuno Quirítis* fuera la deidad que preside la iniciación masculina, cf. Coarelli 1983: 116, al ser la lanza el armamento característico de estos grupos).

También en Grecia (Lazenby 1985: 77), entre los espartanos, el arma esencial era la lanza (Snodgrass 1971: 245), *'aichmetoi*, y *lancero* era sinónimo de guerrero (Tirteo, *frag.* 5 West, línea 6; *frag.* 19, línea 13). Lo mismo parece evidenciarse en algunas áreas del mundo atlántico del Bronce Final, a juzgar por la documentación arqueológica (Megaw-Simpson, eds. 1981: 298). Por tanto, parece



*publica Vaecuum*, esto es, de los Vaecos (Blázquez 1983:287), en relación con la cual harían su voto dichos *lanceroi*.

En su conjunto, este tipo de organización social y sus ritos, recuerdan costumbres de la religión y la sociedad indoeuropea que hay que considerar no sólo preurbanas, sino de tipo pregentilicio, como evidencia sus relaciones con el mundo itálico (Massa-Pairault 1986:31; Prosdocimi 1989), lo que tal vez deja suponer un común origen anterior a la formación del sistema gentilicio de inicios de la Edad del Hierro, dato que se corresponde perfectamente con el contexto social del mundo castreño lusitano e, incluso, con la explícita referencia al uso de lanzas de bronce.

Así se comprende que estos guerreros, cuya arma esencial era la lanza, tuvieran una organización muy primitiva, basada en fratrías o grupos de edad, alguno de cuyos ritos se documentan entre los lusitanos y, probablemente, entre los pueblos posteriormente denominados galaicos (Bermejo 1986:100). Estas formas de vida recordarían las de los antiguos lacedemonios, como ya señaló Estrabón (III, 3, 6-7), pues unos y otros conservaban costumbres ancestrales de la sociedad indoeuropea como las aludidas, y otras, como ritos de iniciación (Str. III, 3, 7) con comidas frugales y baños de tipo lacónico (Marcial, *Epigr.* VI, 42, 16), cuyo testimonio son las "*pedras formosas*" de la Cultura castreña, recientemente interpretadas (Almagro-Gorbea-Moltó, e.p.; Almagro-Gorbea-Alvarez e.p.)<sup>9</sup>.

Entre estos grupos parece que hay indicios de que practicaban costumbres semejantes a la del *ver sacrum*, ya que los jóvenes guerreros (*latrones*) abandonaban su población y se dedicaban a la guerra de razias contra sus vecinos (Diod. V, 34, 6; Str. III, 3, 5)<sup>10</sup>. Esta tradición de grupos de guerreros, seguramente asociados en fratrías, iría asociada a la *devotio* o vinculación de fidelidad a su jefe, al igual que

---

deducirse que la lanza era el arma propia de los guerreros del Bronce Final, seguramente antes de que la aparición de la organización gentilicia supusiera un cambio en las tácticas y el armamento, que se evidencia por ricas panoplias con escudo, espada, etc.

Este contexto permite comprender mejor la citada referencia de Estrabón (III, 3, 6) de que los lusitanos usaban lanzas de punta de bronce, *tinès dè kai dórati chrôntai 'epidoratídes dè chálkeai*, noticia que en este contexto puede ser debidamente valorada, ya que confirmaría el carácter muy arcaico y tradicional de este ambiente cultural, que hay que suponer originario y característico de plena Edad del Bronce.

<sup>9</sup> "Dicen que algunos (lusitanos) que habitan junto al río Duero viven como espartanos, ungiéndose dos veces con grasas y bañándose de sudor (*pyrtais*) obtenido con piedras candentes (*'ek lîton diapyron*), bañándose en agua fría (*psychrolôûtrountas*) y tomando una vez al día alimentos puros y simples".

<sup>10</sup> Los que en edad viril carecen de fortuna y destacan por su fuerza física y valor ... con las armas se reúnen en las montañas y forman ejércitos, recorren Iberia y amontonan riquezas por medio del robo (Diod. V, 34, 6).

"En la región entre el Tajo y el país de los Artabros habitan unas treinta tribus... la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, luchando constantemente entre sí y cruzando el Tajo para atacar a pueblos vecinos" (Estrabón, III, 3, 5).

a la divinidad de su comunidad de origen<sup>11</sup>. Esta tradición (Apiano *Iber.* 71; Livio XXV, 17, 4; Id. XXXVIII, 21), también está atestiguada entre los celtíberos (Plut., *Sert.* 14; Val. Máx. II, 6, 14; Gelio XV, 22; Orosio V, 23; etc.) y, tal vez, entre los iberos (Ramos Loscertales 1924; Rodríguez Adrados 1946), pero debe considerarse especialmente característica de caudillos que parecen proceder del substrato protocéltico peninsular, como el lusitano Viriato (García Fernández-Albalat 1990:238 s.), Púnico, que atrae a los vettones (Apiano, *Iber.* 56-57) o su sucesor César (Apiano, *Iber.* 67-69), etc., lo que explica que su foco y zona de principales correrías fueran las regiones occidentales, Lusitania, Beturia, Vettonia y Galaecia (Apiano, *Iber.* 56-57; Id., 67-70; Orosio V, 5, 12), aunque alcanzaban en sus razias la Bética y la Hispania Citerior (Apiano, *Iber.* 64; Floro I, 33, 15) en fechas tan tardías que coinciden con la plena conquista romana (García Moreno 1988).

Esta estructura no corresponde a una sociedad gentilicia, como se ha supuesto (García Fernández-Albalat 1990:241), sino a una sociedad más primitiva. En efecto, la peculiar alusión al *origo* de sus individuos en la Cultura Castreña no hace referencia a una filiación patrilineal, sino posiblemente a *castella* o castros que articulaban el territorio (Albertos 1975; Pereira 1983) y que serían las comunidades a las que corresponden las divinidades de tipo *Bandua* y similares (*vid. supra*) o, incluso, a *cognationes* (Pereira e.p.; Colmenero, comunicación personal) o a las *syngéneia* citadas por Estrabón (III, 3, 7 y III, 4, 17. 18).

Esta organización pregentilicia guerrera es comparable a las fratrías de otros pueblos indoeuropeos (Benveniste 1969:I, 222 s.), pues grupos semejantes se documentan en el mundo itálico del Bronce Final, anteriores a la organización urbana, aunque su tradición sólo perviviese en el campo ritual. El ejemplo más evidente serían los *iouies hostatir* (= *iuvenes hastati*), jóvenes armados de lanza de Gubbio (Prosdocimi 1989), pero se puede identificar la remota existencia de fratrías semejantes en otros pueblos itálicos por sus ritos de iniciación, como, en Roma, el sodalicio de los *luperci* (Ulf 1982), guerreros, salvajes y desnudos, relacionados con el *flamen Martialis* que tenían por jefe a Rómulo (G. Dumézil 1977:148 s.), o el de los *salii*, también de Roma (Martínez Pinna 1981:128 s.; Torelli 1990:95 s.), ambos actuando *pro Populo Romano* o los *Hirpi Sorani* umbro-samnitas (Alföldi 1974:96 s.; 121), entre los lucanos (Justino, *Epit.* XXIII, 1, 4 s.), etc.

En Grecia es comparable a la sociedad guerrera doria, fuertemente igualitaria, de la etapa prehoplítica (Bermejo 1986:99) sólo parcialmente reflejada en la Iliada (II, 362) (Welwei 1983:56 s.). Pero la tradición de este tipo de sociedad guerrera se conservó especialmente en ritos iniciáticos de la juventud, como la *Apatouria* en Atenas o las correrías o razias asociadas a las *Karneia* en Esparta (Huxley 1962:99; Cartledge 1979:93), donde tales costumbres, especialmente las clases de edad y las fratrías de jóvenes (Willers 1965:58 s.; Lazenby 1985:63 s.), igualmente documentadas en Creta y, al parecer, originariamente relacionadas con el ámbito

---

<sup>11</sup> Estas costumbres de vinculación de los guerreros a su divinidad (García 1990: 237) permitiría compararlos a otros grupos de guerreros indoeuropeos y explicar la *devotio* al jefe (César BG., III, 22; Tácito, *Germania* 13 y 14; etc. cf. Benveniste 1969:78).

pastoril (MacDowell 1986:54 s.), se mantuvieron en gran medida gracias a su conservadurismo social, como evidencia la legislación de Licurgo y otras tradiciones como el reparto en lotes de la tierra (Id. 89 s.), los ritos de iniciación (Brelch 1969:51 s.; MacDowell 1986:113 s.), o, incluso, ciertas costumbres guerreras como campañas semestrales, nunca partir para el combate en la luna nueva o sacrificar una cabrita antes de iniciarlo (Pritchett 1974:84, 117), etc.

Estos grupos de guerreros debieron tener muchas veces carácter mágico e infernal, hecho documentado entre los germanos, como los *Chattes* (Tácito, *Germania* 31)<sup>12</sup>, los *Harii* (< \**korio*), ejército infernal descrito por Tácito (*Germania* 43)<sup>13</sup> o los *Charini* de Plinio (*NH* IV, 99; Ihm 1899), relacionados con *Odhin* como dios del furor de la guerra, que guiaba un ejército de guerreros del Más Allá y en estado de trance, como serían los *Úlfhednir* o "*pieles de lobo*", que combatían con el poder sobrenatural que Odín les daba para paralizar y vencer al enemigo (Dumézil 1940:101; García Fernández-Albalat 1990:202). También en la épica celta irlandesa hay agrupaciones de guerreros infernales, los *sihsluagh*, que dependen de Lug y Ogmios, divinidades relacionadas con el Más Allá. Asociaciones similares formadas por individuos, marginados o no, que eligen este tipo de vida, existían en Escocia y Gales, como documenta el *Ciclo de Finn* (<*fianna*, palabra relacionada con clan), que corresponde al más antiguo ciclo de la épica irlandesa, de tipo heroico y anterior al referente a la realeza (García Fernández-Albalat 1990:207 s.). Los *fianna* eran grupos de guerreros dedicados a actividades bélicas y venatorias que vivían al margen de la sociedad, dirigidos por un jefe *Fionn*<sup>14</sup>, héroe con fuerzas mágicas que les da nombre y al que se vinculan por la *devotio*, lo que explica que a su muerte estas agrupaciones se deshicieran, como se documenta entre los lusitanos y celtíberos. Además de tener virtudes guerreras y seguir un entrenamiento, debían pasar pruebas iniciáticas (García Fernández-Albalat 1990:226 s.) y respetar la obediencia absoluta al jefe, sin temer al combate ni a la muerte. Estos *fianna* actuaban en estrecha relación con las festividades del año céltico, pues realizaban razias o cazaban en el verano, esto es, de *Beltaine* a *Samain*, mientras que vivían en la comunidad y la protegían de *Samain* a *Beltaine* (Gouyonvarc'h-Le Roux 1986:235), lo que explica

---

<sup>12</sup> Vivían al margen de la sociedad, sin casa ni campos, dedicados a la guerra y combatiendo atados a una cadena de hierro de la que sólo se liberaban al dar muerte a un enemigo, tradición mantenida por los Cimbrios (Plut., *Marius* 27).

<sup>13</sup> *Ceterum harii super vires, ... nigra scuta, tincta corpora: atras ac proelia noctes legunt ipsaque formidine atque umbre ferialis exercitus terrorem inferunt... nullo hostium sustinente novum ac velut infernum adspectum; nam primi in omnibus proeliis oculi vicintur.*

<sup>14</sup> *Fionn* es un héroe de infancia y fuerzas extraordinarias relacionado con el *sidh* o Más Allá, desposado con la Tierra (García 1990:233) y que posee fuerzas mágicas, como una espada encantada, etc. aspectos importantes pues en muchos casos la lucha se decide en combates individuales, de campeones o "*héroes*".

sus relaciones mágicas y con el *sidh* (García Fernández-Albalat 1990:230)<sup>15</sup>. De este modo mantendrían su vinculación a su comunidad territorial, participando en ciertas fiestas, especialmente la de *Samain* (García Fernández-Albalat 1990:214), conservando lazos familiares y prestigio, lo que evidencia que no eran meros bandidos como los veían los romanos.

Este ambiente guerrero explica ritos como el sacrificio de chivos, prisioneros y caballos a una divinidad guerrera que Estrabón (III, 3, 7) identifica como *Ares*, y que la epigrafía romana atestigua como Marte y otras divinidades relacionadas, alguna de ellas vinculadas, al parecer, a las citadas divinidades ancestrales, como *Cossus*, *Revua*-, etc. (Bermejo 1986:87 s.; García Fernández-Albalat 1990:325 s.). Con estos sacrificios cabe relacionar los de un hombre y un caballo para firmar la paz que documenta Livio (*Per.* 48)<sup>16</sup> en *Bletisama* (Ledesma) (de Hoz 1986b:48) o el de caballos entre los Cántabros (Horacio, *Carm.* 3, 4, 34; Silio Itálico III, 361). A su vez, estos ritos guerreros parecen relacionarse con los de otros pueblos indoeuropeos (Bermejo 1986:93). El mejor conocido es el *October Equus* en Roma<sup>17</sup>, asociado a los salios y al retorno tras la estación de guerra, pero también se documentan entre los celtas (Le Roux 1963:123-35), germanos (Tácito, *Germania* X), tracios (Plut. *Crass.* 11, 8-9), en el Egeo (*Iliad.* XXI) y en el ritual hindú del *asvamedha*, al que se asocia igualmente el sacrificio humano (Dumézil 1977:205 s.).

Igualmente entre estos ritos estaría la costumbre de enviar heraldos cubiertos de piel de lobo<sup>18</sup> (Apiano, *Iber.* 48; cf. Blázquez 1983:275), tal vez por tener la guerra carácter infernal, ofrendar las manos de los vencidos (Str. III, 3, 6), que permitiría explicar las representaciones del relieve de Binéfar (Marco-Baldellou 1976) o las conocidas referencias a la exposición a los buitres de los cadáveres de los guerreros caídos en batalla (Silio Itálico, *Pun.* II, 3, 341-343; Eliano, *De nat. anim.*, 10, 22), costumbre también confirmada por la iconografía de estelas y cerámicas. Este ritual

---

<sup>15</sup> Compárese esta bipartición anual con la estación de guerra del mundo romano, de Marzo a Octubre, documentada por el ritual de los salios y otras festividades del calendario romano (Dumézil 1977:248; Torelli 1990:99).

<sup>16</sup> "*equo adque homine suo rito inmolatis per speciem pacis*".

<sup>17</sup> El sacrificio del *October equus* se debía realizar de un lanzazo lanzado por el *flamen Martialis* (Polib. 12, 4b); su relación con los salios y su proximidad al *Armilustrium*, fiesta que conmemoraba el final de los combates el 19 de Octubre (Torelli 1990:104), bien pudiera indicar una similitud de significado con el rito peninsular.

<sup>18</sup> El lobo en la mitología indoeuropea era el animal del Más Allá, relacionado con la noche y la muerte, del mundo funerario y de fratrías de guerreros, como los *Lupercales* de Roma (Alföldi 1974:96 s.; Ulf 1982), los *Hirpi Sorani* (Serv. *Ad Aen.* 11, 785; Alföldi 1974:121 s.; etc.), los Lucanos (Alföldi 1974:129), los Samnitas (Fest. 93, 95 L.: *Irpini appellati nomine lupi, quem irpum dicunt Samnites*), etc. los *Úlfhennir* o "*pieles de lobo*" entre los Germanos (Dumézil 1940:101 s.), etc., lo que explica su asociación a Marte, *victor Martius lupus* (Dumézil 1977:180, 192) o a Apolo *Lykeios*, relacionado con la formación de jóvenes en la Palestra (Almagro-Gorbea-Alvarez c.p.), pero que parece proceder de la iniciación de grupos de tipo *ferialis exercitus* (García 1990:202 s.).

de enterramiento no parece que dejase evidencias arqueológicas, lo que lo diferencia del de los C.U. y las necrópolis celtibéricas, pudiendo haberse mantenido entre algunos celtíberos y vacceos como un elemento de substrato, así como entre todos los pueblos del Occidente y del Norte, incluidos los galaicos, lo que explica la característica ausencia de documentos sobre sus enterramientos. A su vez, este hecho pudiera relacionarse con ciertos ritos de ofrendas de armas a las aguas (Ruiz Gálvez 1984), ya que al tener éstas la consideración de acceso al Más Allá (García 1986), pudieran ser parte del ritual funerario. También como ritos guerreros hay que considerar la existencia de juegos gimnásticos, combates rituales y cantos de guerra (Apiano, *Iber.* 71; Diod. 33, 21; Str. III, 3, 7) que refiere Diod. (5, 34)<sup>19</sup> o los cantos "*en la lengua de sus antepasados*" (Silio Itálico III, 346-350), incluso en los tormentos (Str. III, 4, 18).

Otras costumbres pueden relacionarse simplemente con la esfera social, aunque muchas veces esta distinción sea sólo un instrumento de análisis.

Entre las más interesantes está que las mujeres hacían la labor de campo (Str. III, 4, 17), lo que explica que, entre los Cántabros, los hombres recibieran la dote de las mujeres, las hijas recibieran la herencia y casaran a sus hermanos, "*costumbres que parecen un matriarcado y no son muy urbanas*" (*politikón*) declara Estrabón (III, 4, 18), contexto que explica costumbres como la "*covada*" (Str. III, 4, 17). Este sistema de vida lo explicita Justino (XLIV, 3, 7) al decir que las mujeres trabajaban la tierra mientras los hombres se dedicaban a la guerra<sup>20</sup>, observación perfectamente adecuada al tipo de organización que parece deducirse de todos los testimonios apuntados y que tiene el interés de que permite una reconstrucción bastante precisa de la estructura muy primitiva de la sociedad: las mujeres se ocupan de los campos y de la casa y los hombres de la guerra, la caza y la ganadería, de acuerdo con la estructura guerrera ya señalada (*vid. supra*).

Otras tradiciones propias de dicho substrato serían la hospitalidad: "*los celtíberos son crueles con los enemigos pero da prestigio ser hospitalario con los huéspedes*" (Diod. 5, 34) o la costumbre de comer en orden de edad y prestigio (*timé*) (Str. III, 3, 7), quizás en relación con ritos de convivialidad y que parecen traslucir la existencia de clases de edad, como en la Grecia doria (MacDowell 1986:113 s.), aunque restos de esta costumbre también parecen observarse en los baños romanos (Champeaux 1982:405). También era propio de estas gentes usar vasos de madera, detalle que el mismo Estrabón (III, 3, 7) considera propio de los celtas, como se puede añadir el hecho de beber cerveza o de usar mantequilla en vez de aceite (III, 3, 7) (Bermejo 1986:24 s.) o la noticia de que se lavaban los dientes con orina, atribuida a los celtíberos por Diod. (5, 33, 5) y Catulo (37 y 39), a los Vacceos por

---

<sup>19</sup> "...en los combates avanzan con movimiento rítmico y cantan peanes cuando atacan a sus enemigos". Estas danzas armadas parecen conservarse en ritos de iniciación, en la India (Brelich 1962:34), entre los salios de Roma y Veyes (*Aen.* 7, 723-4), en la Grecia doria, en Creta (Brelich 1962: 53), etc.

<sup>20</sup> "*feminae res domesticas agrorumque administrant, ipsi armis rapinis serviunt*".

Festo (118 M) y, con más precisión, a los Cántabros por Estrabón (III, 4, 16)<sup>21</sup>.

En esta estructura social tan arcaica se conservaría la explotación colectiva de la tierra, documentada entre los vacceos, que castigaban con pena de muerte al que ocultase algo (Diod. 5, 34, 3)<sup>22</sup>. Esta muy antigua costumbre, posiblemente de origen indoeuropeo (Str. XV, 166; E. Benveniste 1969; Blázquez 1983:220) pues puede relacionarse con la antigua estructura doria<sup>23</sup>, y en todo caso, responde a una organización anterior al sistema socio-económico gentilicio que parece documentarse en fecha posterior por el uso de los genitivos de plural y del armamento de prestigio en las necrópolis, elementos ya característicos de los celtas propiamente dichos.

En efecto, esta interpretación ayudaría a explicar la clara distinción geográfica que se observa para indicar el *origo* en la Hispania indoeuropea al llegar la romanización, separada por una línea de demarcación que va de Mérida a Astorga (Untermann 1987). Al oriente de dicha línea aparecen gentilicios de plural, mientras que al Occidente se utiliza ")", interpretado como *castellum*, el castro como lugar de origen (Albertos 1975; Pereira 1983) o como *cognatio* (Rodríguez Colmenero, comunicación personal), ya que Estrabón (III, 3, 7 y III, 4, 17-18) documenta la primitiva organización de estas gentes en *syngéneia*, término probablemente equivalente a la *cognatio* documentada epigráficamente (Pereira e.p.).

Dicha distinción onomástica parece reflejar, en consecuencia, una paralela diferenciación en la organización social y en la estructura económica, esencial para comprender las diferencias existentes entre las poblaciones "célticas" situadas al Oriente de la Meseta y por las altas tierras del Sistema Ibérico (Almagro-Gorbea 1987:332; Almagro-Gorbea-Lorrio 1987), del substrato "protocéltico", conservado en el Occidente y el Norte peninsulares.

Estas costumbres y ritos tan primitivos han sido transmitidos principalmente por Estrabón (III, 6 y 7) quién los relacionó siempre con pueblos montañoses, que diferenció de las poblaciones célticas, y que consideró los más primitivos de Hispania, como Lusitanos, Galaicos, Astures, Cántabros, Vascones y de los Pirineos. Este tipo de referencias, a veces se han interpretado como visiones deformadas interesadamente por los escritores clásicos (Bermejo 1986), pero cobran todo su interés si se analizan a la luz de lo que aportan los datos lingüísticos, pues estos elementos culturales permiten aproximarse a la identificación de un substrato de elementos rituales e ideológicos muy antiguo, que debe considerarse, más que paralelo, anterior a lo que actualmente se considera como mundo céltico en Europa Central (Almagro-Gorbea 1991:390).

Pero, al mismo tiempo, estas costumbres tan primitivas ofrecen a veces claras

---

<sup>21</sup> A. Schulten 1952:257 deduce que es una costumbre de Cantábrros, Celtíberos y Vacceos.

<sup>22</sup> Esta propiedad comunitaria de la tierra pudo haberse mantenido en las regiones más ganaderas hasta nuestros días, explicando el origen de las "comunidades" documentadas desde la Edad Media por las zonas montañosas de la antigua Celtiberia (Almagro-Gorbea e.p.).

<sup>23</sup> MacDowell 1986:89 s. Aunque sólo pervivió en Esparta, este sistema de explotación también se documenta en Argos y Messenia.

relaciones con el mundo céltico, tanto por los paralelos y continuidad de alguno de los rituales y elementos ideológicos señalados, como por la etimología predominantemente céltica de los teónimos relacionados con los mismos (García Fernández-Albalat 1990:236, 403), si bien siempre ofrecen un aspecto más arcaico, que indica un fondo ideológico común indoeuropeo. Como ha señalado recientemente García Fernández-Albalat (1990:236), "*...tanto en materia lingüística como en lo tocante a estructuras religiosas el mundo celta ofrece numerosos puntos de contacto con el área galaico-lusitana...*" especialmente en la forma de concebir la guerra en relación con la sociedad (García Fernández-Albalat 1990:339).

Esta relación con el mundo céltico y, al mismo tiempo, el carácter muy antiguo del substrato se confirma en el campo lingüístico como ya se ha señalado. Los escasos documentos conservados evidencian una lengua, denominada "*Lusitano*", que se ha considerado tanto pre-céltica (Tovar 1960:112 s.; 1985; Schmidt 1985; de Hoz 1983; Gorrochategui 1985) como céltica (Untermann 1987:67 s.; Prosdocimi 1989a). Pero la misma deducción parece obtenerse de los antropónimos (Untermann 1965:19; Albertos 1966; 1983:867 s.) y teónimos (Albertos 1983b; Id., en Blázquez 1983:477 s.; Untermann 1985; García Fernández-Albalat 1990) que confirman la personalidad lingüística del Occidente Peninsular, conservada hasta época romana y que pudo haber alcanzado las regiones tartésicas pues parece documentarse en la epigrafía del SW (Correa 1988).

Esta lengua presenta un marcado carácter arcaico dentro del mundo indoeuropeo occidental, pero ofrece indudables afinidades con las lenguas célticas, entre las que se ha discutido su inclusión, evidente para algunos lingüistas (Untermann 1987:67 s.; Prosdocimi 1989a), pero no para otros que mantienen su personalidad (*vid. supra*). Pero existe consenso en cuanto a su carácter arcaico y su mayor proximidad al indoeuropeo respecto a las restantes lenguas célticas documentadas, por lo que cabe suponer que proceda de un tronco común, diferente, pero relacionado, con las restantes lenguas célticas documentadas.

Estos elementos lingüísticos se conservaron por las regiones más occidentales de la Península Ibérica prácticamente hasta la romanización, pero existen indicios de haberse extendido también, a nivel de substrato, por un área mucho mayor, que coincide con la documentada por los elementos arqueológicos e ideológicos señalados.

En efecto, la presencia de tales elementos por las regiones centrales podría explicarse como restos de dicho estrato lingüístico anterior, que posteriormente habría desaparecido al quedar fragmentado y paulatinamente absorbido y eliminado, seguramente como consecuencia de la posterior expansión de lo que denominamos como Cultura Celtibérica, a partir del siglo VI a. C.

Esta hipótesis explicaría la proximidad cultural, socioeconómica, lingüística e ideológica entre dicho substrato protocéltico de la Península Ibérica y la posterior Cultura Celtibérica, así como su posterior y progresiva asimilación por esta última, que se fue extendiendo desde su núcleo inicial en las altas tierras del Sistema Ibérico y de la Meseta Oriental hacia las regiones occidentales y septentrionales.

En efecto, todos estos elementos se extienden por el Occidente y la mitad Norte Peninsular, atestiguándose con menor intensidad en ciertos elementos arcaicos

conservados en la Cultura Celtibérica de la Meseta, tal vez por constituir restos de un substrato en vías de desaparición. Estos elementos comunes confirmarían las afinidades que ofrecen los pueblos del Centro de la Península, Carpetanos, Vacceos y Vettones, con los del Occidente, Lusitanos y Galaicos, y, probablemente, con los del Norte, Astures, Cántabros, Berones, Turmogos y Pelendones y que explican el citado substrato común que parece manifestarse entre los Celtíberos.

\*\*\*

Pero esta hipótesis, que es una alternativa a las tesis actualmente vigentes, exige explicar la aparición de la Cultura Celtibérica, para lo que caben varias alternativas. Una es la llegada de grupos humanos que trajeran consigo, ya formados, los elementos culturales de dichos poblados y necrópolis. Con tantos matices como autores han abordado hasta ahora este tema, es la tesis invasionista tradicional (P. Bosh Gimpera 1932; 1944; Almagro 1952; Schule 1969; Sangmeister 1960; Pittioni 1985; Lenertz-De-Wilde 1991, etc.). Su mayor dificultad es que nunca ha sido posible poder documentar el lugar de origen ni las vías de llegada de dichos elementos.

Otra hipótesis es suponer que dichos elementos corresponden a una cultura de formación compleja, lo que supone que sus diversos componentes se han formado en un marco de aculturación y evolución, más acorde con los conocimientos actuales (Almagro-Gorbea 1987:38 s.). Esta hipótesis no excluye movimientos de gentes, pero su efecto sería limitado, al menos en el campo de la cultura material, el más fácil de documentar en Arqueología.

Este proceso se vería favorecido por el influjo indirecto del comercio colonial, dirigido hacia estas élites sociales y controlado por ellas, pues tendería a reforzarlas y estabilizarlas, afirmando un sistema social de tipo gentilicio. Esta hipótesis explicaría las semejanzas y diferencias existentes en las ricas tumbas del inicio de la Edad de Hierro del SW. de Europa (Almagro-Gorbea 1987a:39), cuyas diferencias y amplitud cronológica impide considerarlas como prueba de una invasión, aunque sí de la aparición de jerarquías guerreras que bien pudieran haber tenido contactos entre sí. Esta hipótesis no excluye pero tampoco requiere la existencia de "invasiones", pues la aparición de dichas élites pudo ser consecuencia de la propia evolución local, sin excluir que en determinadas circunstancias grupos de guerreros se impusieran y expandieran este tipo de sociedad.

El desarrollo en la Meseta de dichas estructuras gentilicias reforzaría la tendencia a la jerarquización social latente en la organización pastoril de trashumancia local desde la *Cultura de Cogotas I*, propiciada por la necesaria adaptación al medioambiente Meseta-Sierra. Este hecho, junto a la fundamental introducción del hierro, muy abundante y pronto desarrollado en estas regiones, explica la formación de la Cultura Celtibérica y las nuevas características guerreras y expansivas que explican cómo pronto constituyó el principal núcleo céltico en la Hispania prerromana.

El ajuar de sus tumbas, que constituye la mejor documentación que proporciona la Arqueología, evidencia su fuerte jerarquización social, pues sólo las tumbas más



ricas ofrecen una panoplia de armas completa, que, sin embargo, es diferente de las célticas centroeuropeas, dado el creciente influjo tartésico, ibérico y del mundo mediterráneo en general en su cultura material. Así se explica el origen de sus espadas cortas, lanzas, escudos redondos, etc. Por el contrario, las urnas más antiguas son a mano, con perfiles que cabe relacionar con los C.U. del NE. evolucionados de la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea 1975; Ruiz Zapatero 1985), se podrían haber adoptado junto al rito de incineración en urna, pues todo rito tiende a extenderse con los elementos de cultura material necesarios para su aplicación, pudiendo interpretarse en relación con la introducción de la organización gentilicia, tal vez llegada con estos ritos desde el mundo extrapirenaico.

El contacto con el mundo ibérico facilitó una creciente asimilación de elementos mediterráneos a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C., proceso esencial para comprender, desde la Arqueología, la personalidad cultural de los Celtas de la Península Ibérica, pues se fueron aproximando a la cultura ibérica, diferenciándose progresivamente de la cultura de La Tène generalizada por las zonas centroeuropeas del mundo céltico. Por ello, al aumentar los conocimientos del mundo clásico grecorromano sobre el mundo celta, surgiría el término de *celtibérico* (Diod. 3, 55) para referirse a la personalidad cultural de estos celtas hispánicos, aunque este término quedó de hecho restringido a su zona nuclear, la *Celtiberia*, situada en las altas tierras de la Meseta Oriental y la Cordillera Ibérica (Koch 1979; Burillo 1988).

Pero si estos crecientes influjos mediterráneos son esenciales para comprender su evolución cultural, paralelamente prosiguió la introducción de elementos aislados desde la Cultura de La Tène, (Lenerz-De-Wilde 1991) como algunas espadas, fíbulas y elementos decorativos que dieron lugar a tipos locales y en los que se ha querido ver una prueba de su origen en las Galias (Lucano, 4, 10: Apiano, *Hisp.* 2) y que pueden considerarse como indicios de contactos más profundos con otras áreas del mundo céltico.

Pero el aspecto determinante de esta expansión pudiera estar en la paralela aparición de una organización gentilicia, paulatinamente impuesta sobre el sistema social anterior, proto-céltico, de la Edad del Bronce. La dispersión de los citados genitivos de plural para indicar la filiación en el área céltica (Albertos 1975:9 s; 1983), coincide con la de los principales elementos culturales célticos, esto es, de la Cultura Celtibérica, lo que puede considerarse como una evidencia en este sentido. Igualmente, debe valorarse la existencia relativamente frecuente de nombres en *Ambatus* (Albertos 1966:20 s.), especialmente usados por áreas periféricas de la zona celta nuclear (Almagro-Gorbea-Lorrio 1988:112, mapa 4), lo que deja entrever una organización clientelar, hasta cierto punto confirmada por la tradición de pactos de fidelidad documentada por las *tesseræ* de hospitalidad, que indican relaciones e intereses entre zonas a veces muy apartadas (Almagro-Gorbea-Lorrio 1987: mapa 6). Estos hechos pueden, en consecuencia, interpretarse como prueba de una tradición clientelar prerromana, tal vez incluso relacionada con la inseguridad de este ambiente guerrero, tal como documentan los textos históricos, pero, en todo caso, relacionada con un sistema gentilicio.

Este ambiente lo recogen los textos sobre los celtíberos, al señalar que eran hospitalarios y amantes de la guerra, con instituciones tan características como las

luchas de campeones (Livio XXVIII, 21; Silio Itálico XVI, 537; Floro I, 33) o la citada *devotio*, consagración de la vida al jefe adaptada a la nueva estructura gentilicia (Str. III, 4, 18; Plut. *Sert.* XIV, 4; Val. Máx. II, 6, 11). Esta estructura socioeconómica, tan adecuada al medioambiente pastoril y a la situación social, favorecía en su sistema de vida costumbres como el mercenariado, la potenciación de la anterior tradición de razias para el pillaje y robo de ganado, etc., lo que reforzaba su carácter expansivo.

Estos hechos explican por sí mismos la tendencia expansiva de esta sociedad y la consiguiente "celtización" del substrato "protocéltico" llevada a cabo por los pueblos conocidos como Celtíberos, proceso que iría transformando social, ideológica y lingüísticamente el estrato precedente, hasta que la conquista romana truncó este proceso tras una impresionante resistencia de casi dos siglos.

Estas gentes, cuyo núcleo original se situaba entre el Sistema Ibérico y la Meseta, se pueden considerar "céltas" pues así los identifican los escritores clásicos asimilándolos a los celtas de más allá de los Pirineos. Pero también pueden denominarse "celtíberos" porque su lengua corresponde al "Celtiberico" de los lingüistas y su territorio inicial y posterior expansión sobre el substrato precedente permite identificarlos con los *Celtiberi* de los escritores romanos (Almagro-Gorbea 1987).

En consecuencia, la tesis de una formación compleja y gradual de la "Cultura Celtibérica" y su posterior expansión desde una zona nuclear en las altas tierras del Sistema Ibérico y del Este de la Meseta parece ser la que mejor se adapta a los elementos arqueológicos, lingüísticos, sociales e ideológicos de la Cultura Celtibérica actualmente conocidos. Por ejemplo, las necrópolis con armas "celtibéricas" y las fibulas de caballito coinciden con el área de los topónimos en *-briga* o de los antropónimos y topónimos en *Seg-*, o con elementos de estructura social, como los antropónimos *Ambatus*, las organizaciones familiares reflejadas por genitivos de plural, las *tesserae* de pactos de hospitalidad e, incluso, algún elemento religioso como la divinidad *Lug* (Almagro-Gorbea-Lorrio 1987:115). Esta dispersión de elementos materiales, económicos, lingüísticos, sociales, etc. por el centro y Occidente de la Península Ibérica sólo se explica por su pertenencia a la Cultura Celtibérica, que queda así geográficamente delimitada. Además, estos elementos tienden a indicar una zona nuclear, la *Celtiberia* de los escritores clásicos, en las altas tierras del Sistema Ibérico y de la Meseta Oriental, desde donde la celtización parece haberse extendido hacia las zonas occidentales, las más favorables dado su medioambiente pastoril y su organización socioeconómica y cultural similar.

Este proceso se iniciaría tras la formación de las necrópolis celtibéricas a partir del siglo VI a. C. Las armas de la necrópolis vettona de Las Cogotas prueban su celtización en el siglo V a. C. y posteriores parecen los elementos de Extremadura, Portugal y la Bética, así como del Alto Ebro y del Noroeste, denominado *Gallaecia*. Esta expansión la documenta Plinio (*NH.* III, 13) al decir que los *Celtici* de la Bética procedían de los Celtíberos de Lusitania: *celticos a celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis quae cognominibus in Baetica distinguuntur*. Dicha celtización explicaría el uso del antropónimo *Celtius* en Lusitania (Almagro-Gorbea-Lorrio 1987:110), seguramente utilizado como apelativo

étnico en dicha área occidental originariamente no "*céltica*", y lo mismo puede decirse respecto a los etnónimos célticos del NW (Almagro-Gorbea 1991:403). La fecha tardía de esta celtización parece confirmarse por los topónimos en *-briga* de Occidente, Andalucía y el Norte, algunos de los cuales ofrecen ya nombres romanos, incluso de plena época imperial, como *Augustobriga* o *Flaviobriga* (Almagro-Gorbea 1987).

Desde esta perspectiva, como síntesis de todos los datos analizados, la presencia de celtas en Hispania pudiera explicarse como resultado de un largo y creciente "*proceso de celtización*" desde un substrato local muy antiguo pero afín al de los celtas documentados históricamente. Dicho proceso se debió ver favorecido por causas complejas e interaccionadas como las señaladas, pero sin excluir movimientos étnicos, como los recogidos por las fuentes. Pero en él jugaría un destacado papel la evolución del substrato y la difusión y aculturación basadas en su peculiar organización socio-cultural, lo que permite comprender la muy temprana aparición de elementos célticos peninsulares y su personalidad cultural. Además, este proceso no debió ser puntual sino intermitente a lo largo del tiempo, con un efecto de celtización paulatina inducido en las zonas de contacto, como resultado más de una peculiar aculturación que de un auténtico cambio étnico.

Pero la mayor trascendencia de este fenómeno sería su efecto aculturador al obligar a otras poblaciones a practicar la misma forma de vida como defensa, hecho observado por Estrabón (III, 3, 5). Este nuevo tipo de sociedad de élites guerreras, muy probablemente asociado a una organización de tipo gentilicio, poco a poco se debió ir generalizando hacia los pueblos del occidente, cuyas costumbres se irían "*celtizando*" al absorber los anteriores elementos proto-celtas, como se observa en el mundo vetón o, aún mejor, en la complejidad de la Cultura Castreña en la *Gallaecia*: sus poblados de casas redondas, la citada tradición "*matriarcal*" (Str. III, 4, 18), la ausencia de patronímicos en la filiación, su lengua y onomástica relacionadas con el Lusitano, la pervivencia de primitivas divinidades en *Bandu-*, *Reve-*, etc., las organización guerrera señalada, el culto a las peñas y a las aguas, la falta de testimonios arqueológicos de sus ritos funerarios, etc. corresponden a un substrato protocéltico citado. Por el contrario, el empleo de torques y cascos "*celticos*" y etnónimos como *celtici* o *Gallaeci*, o topónimos en *-briga* como *Nemetóbriga* (Ptol. II, 6, 36), manifiestan el proceso de creciente celtización de esta cultura, ya en un momento tardío, proceso que no se llegaría a consumir a causa de su interrupción por la conquista romana (Lorrio 1991).

Por tanto, estos complejos mecanismos explican cómo, a la llegada de Roma, el proceso de celtización fuera profundo en las zonas pastoriles occidentales ocupadas por Vettones y, algo menos, entre los Lusitanos, correspondiendo al substrato protocéltico citado, zonas hacia las que la expansión céltica mostró particular preferencia. Por el contrario, aun era incipiente en la mayor parte del Noroeste, la *Gallaecia*, lo que da idea de la diacronicidad del complejo proceso de celtización de Hispania.

Aunque resulta evidente la preferente expansión céltica por el área occidental, igualmente, ésta también afectó a otras áreas culturalmente más desarrolladas, como la Bética o Levante, pero en ellas tenderían a perder su cultura material, aunque tal

vez conservaran su organización social, su onomástica y tal vez su lengua, como elementos de diferenciación étnica y de clase.

Finalmente, también hay que valorar, por su lógica contribución a acrecentar las afinidades culturales, la existencia de contactos y migraciones internas dentro de las zonas ya celtizadas, a pesar de la evidente preferencia por expandirse hacia las zonas occidentales, más atrayentes por su medioambiente pastoril y por su substrato cultural. Pero igualmente existirían hacia el núcleo originario de la Celtiberia, como evidencian las correrías del lusitano Viriato. Igualmente, existían de un lado al otro de los Pirineos, especialmente hacia Aquitania, como evidencian las referencias transmitidas por César (*B.G.* III, 23; III, 26) y hacia el Valle del Ebro, como la llegada de galos a Lérida (César, *B.C.* I, 51), tal como confirman la toponimia y la Arqueología (A. Beltrán 1959).

Este proceso de celtización tendría a la larga más trascendencia cultural que los grandes movimientos étnicos, hasta ahora utilizados para explicar el fenómeno histórico de la celtización, pues permite comprender la gran extensión alcanzada y la consiguiente falta de uniformidad que ofrece la celtización de la Península Ibérica, así como su personalidad dentro del mundo céltico europeo.

En conclusión, aunque este trabajo no pretende intentar resolver tan complejos problemas, habrá alcanzado su finalidad si abre alguna nueva perspectiva que permita, en un futuro, una mejor comprensión de la atrayente problemática que ofrecen los Celtas en la Península Ibérica y que puede contribuir mucho a una mejor comprensión del mundo céltico en general<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Agradezco al profesor J. Untermann las interesantes y útiles correcciones y críticas aportadas a algunos aspectos de este trabajo.

## BIBLIOGRAFIA

- A.A.V.V. 1990. *Los Celtas en España. Revista de Arqueología*, Número Extraordinario 5. Madrid.
- A.A.V.V. 1991. *I Celti*. Venezia.
- M. L. Albertos 1966. *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética. Acta Salmanticensia* 13, Salamanca.
- M. L. Albertos 1974. "El culto a los montes entre Galaicos, Astures y Berones y algunas deidades más significativas", *Estudios de Arqueología Alavesa* 6, 147-157.
- M. L. Albertos 1975. *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua, Studia Archaeologica* 37, Valladolid.
- M. L. Albertos 1983. "Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine", *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29-2. Berlin, 853-892.
- M. L. Albertos 1983b. "Lenguas primitivas de la Península Ibérica", *Boletín "Sancho el Sabio"* 17, 69-107.
- M. L. Albertos 1983c. "Teónimos hispanos", J. M. Blázquez 1983, 477-487.
- A. Alföldi 1974. *Die Struktur der vorrömischen Römerstaaten*. Heidelberg.
- M. Almagro 1935. "El problema de la invasión céltica en España según los últimos descubrimientos". *Investigación y Progreso* 9: 180 s.
- M. Almagro 1952. La invasión céltica en España. R. Menéndez Pidal (Ed.). *Historia de España* 1,2. Madrid: 1-278.
- M. Almagro-Gorbea 1974. "Orfebrería del bronce final en la Península Ibérica. El tesoro de Abia de la Obispalía, la orfebrería de Villena y los cuencos de Axtroki", *Trabajos de Prehistoria* 31, 39-100.
- M. Almagro-Gorbea 1975. "El Pic dels Corbs y los Capos de Urnas del NE. de la Península Ibérica". *Saguntum* 13: 89-144.
- M. Almagro-Gorbea 1986. Bronce Final y Edad del Hierro. *Historia de España I. Prehistoria*. Madrid.
- M. Almagro-Gorbea 1987. "La celtización de la Meseta: estado de la cuestión". *Actas del I Congreso de Historia de Palencia* I: 313-344.
- M. Almagro-Gorbea 1987a. "Los Campos de Urnas en la Meseta". *Zephyrus* 39-40: 31-47.
- M. Almagro-Gorbea 1988. "Las culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha". *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Ciudad Real: 163-180.
- M. Almagro-Gorbea 1991. "I celti dell'Iberia". *I Celti*. Milano-Venezia: 386-407.
- M. Almagro-Gorbea e.p. "Aproximación paleoetnológica de la Celtiberia meridional: Las Serranías de Albarracín y Cuenca", *III Simposio sobre los Celtíberos*, Daroca.
- M. Almagro-Gorbea et alii (ed.) 1992). *Paleoetnología de la Península Ibérica. (Complutum* 2-3). Madrid.

M. Almagro-Gorbea - J. Alvarez Sanchís e.p. "La Fragua" de Ulaca: saunas castreñas y baños iniciáticos en el mundo céltico", *Arqueología Navarra I*.

M. Almagro-Gorbea - A. Lorrio 1987. "La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica". *Symposium sobre los celtíberos*. Daroca 1986: 105-122.

M. Almagro-Gorbea - A. Lorrio 1992. "Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica", *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 409-451.

M. Almagro-Gorbea - L. Moltó e.p. "Baños de vapor en la Hispania Prerromana", *Mesa redonda sobre Termalismo Antiguo. Aguas mineromedicinales, termas curativas y culto a las aguas en la Península Ibérica*, Casa de Velázquez-UNED, Madrid, 28/30-11-1991.

H. d'Arbois de Juvenile 1904. *Les Celtes depuis les temps les plus anciens jusqu'à l'an 100 avant notre ère*, París.

A. Beltrán 1959. "Las monedas ibéricas de Caracaus y los Galos", *Quaderni Ticinesi di Numismatica e Antiquità Classica* 9, 159-168.

A. Beltrán 1960. "La indoeuropeización del Valle del Ebro", *I Symposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 103-124.

A. Beltrán - A. Tovar - E. Porta 1982. *Contrebia Belaisca I. El bronce con escritura ibérica*, Zaragoza.

E. Benveniste 1969. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, París.

J.C. Bermejo 1986. *Mitología y mitos de la España prerromana*, Madrid.

A. Blanco 1970. "Pátera argénteia com representação de uma divindade lusitana", *Revista de Guimarães* 69, 454 s.

J.M. Blázquez 1977. *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.

J.M. Blázquez 1983. *Primitivas religiones ibéricas. Religiones Prerromanas*. Madrid.

P. Bosch Gimpera 1921. "Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica". *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* 29.

P. Bosch Gimpera 1932. *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.

P. Bosch Gimpera 1944. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. México.

R. Bradley 1990. *The Passage of Arms: an Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards*. Cambridge.

A. Brelich 1962. *Le iniziazioni*. Roma.

A. Brelich 1969. *Paidés e parthenoi*. Roma.

D. Bricquel 1986. "La tradition sur l'emprunt d'armes samnites par Rome", *Guerre et société en Italie aux Ve. et IVe. siècles avant J.-C.*, París 65-86.

J.L. Brunaux 1986. *Les Gaulois, sanctuaires et rites*. París.

F. Burillo 1988. "El concepto de Celtíbero", *Burillo et alii* 8ed.), 7-12.

F. Burillo (ed.) 1987-1990. *Symposio sobre los Celtíberos I*, (1987) y *II* (1990). Zaragoza.

F. Burillo et alii 1988. *Celtíberos* (Exposición ...). Zaragoza.

- P. Cartledge 1979. *Esparta and Lakonia*, London.
- J. Champeaux 1982. *Fortuna. Recherches sur le culte de la Fortune à Rome et dans le monde romain des origines à la mort de César* (C.E.F.R. 649. Roma.
- Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*: I (Salamanca 1974), Salamanca; II (Tübingen 1976), Salamanca; III (Lisboa 1980), Salamanca; IV (Vitoria 1985), Vitoria; V (Köln 1989), Köln, etc.
- J.A. Correa 1988. "Estela en escritura tartésica hallada en Alcoforado (Odemira, Baixo Alentejo)". *Archivo Español de Arqueología* 61, 197-200.
- A. Coffyn 1985. *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Bordeaux.
- G. Dumézil 1940. *Mytra - Varuna. Essai sur les représentations indoeuropéennes de la Souveraineté*. Paris.
- G. Dumézil 1977. *La religione romana arcaica*. Milano.
- P.M. Duval - V. Kruta (Eds.) 1979. *Les mouvements celtiques du Vème au Ier siècle avant notre ère*. Paris.
- G. Fatás 1980. *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*. Zaragoza.
- G. Fatás 1987. "Apuntes sobre la organización política de los celtíberos". *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 9-18.
- M. Faust 1975. "Die Kelten auf der Iberischer Halbinsel". *Madriider Mitteilungen* 16, 195-207.
- M. Faust 1979. "Tradición lingüística y estructura social: el caso de las gentilidades". *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Tübingen, 435-452.
- J. Fernández Manzano 1985. "La Edad del Bronce". *Historia de Castilla y León* 1, 54-81.
- F. Fischer 1972. "Die Kelten bei Herodot". *Madriider Mitteilungen* 13, 109-124.
- M.V. García 1986. "El río del Olvido". C. Bermejo (Ed.) 1986, 75-86.
- A. García Bellido 1945. "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma". *Hispania* 21, 5-62.
- B. García Fernández-Albalat 1990. *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania*. La Coruña.
- L. García Moreno 1988. "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano". *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Santiago de Compostela, 373-382.
- J. Gorrochategui 1985. "En torno a la clasificación del Lusitano". *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria, 77-91.
- J. Gorrochategui 1991. "Descripción y posición lingüística del celtibérico". *Memoriae L. Mitxelena magistri sacrum*. San Sebastián, 3-31.
- Chr. Guyonvarc'h - F. Le Roux 1986. *Les Druides* (4ª ed.). Paris.
- R. Grosse 1924. "Lancea". *Paulys Real-Encyclopädie der Klassisches Altertumwissenschaft* 32, 618-619.
- J. de Hoz 1983. "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica", *Unidad y pluralidad del mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid. 351-396.

J. de Hoz 1985. "Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas". *Actas III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa 1980). Salamanca, 343-363.

J. de Hoz 1986. "La epigrafía celtibérica". *Reunión sobre Epigrafía Hispánica de época Romano-Republicana*. Zaragoza, 43-102.

J. de Hoz 1986b. "La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania". *Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania*. Cáceres, 31-49.

J. de Hoz 1986c. "El nombre de Salamanca". *Salamanca. Geografía, Historia, Arte, Cultura*. Salamanca, 13-18.

E. Hübner 1899, "Celtiberi", *Paulys Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumwissenschaft* 3, 2, 1886 s.

G.L. Huxley 1962. *Early Sparta*. London.

Ihm 1899, "Charini". *Paulys Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumwissenschaft* 3, 2, 2143.

M. Koch 1979. "Die Keltiberer in ihr historischer Kontext". *Actas II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Tübingen 1976, Salamanca, 386-419.

J.F. Lazenby 1985. *The Spartan Army*. Warminster.

M. Lejeune 1955. *Celtibérica*. Salamanca.

M. Lenerz-de Wilde 1991. *Iberia Celtica*. Stuttgart.

F. Le Roux 1963. "Récherches sur les éléments rituels de l'élection royale irlandaise et celtique", *Ogam* 15, 123-137.

F. Le Roux - Ch.J. Guyonvarc'h 1990. *La civilisation celtique*. Paris.

P. Le Roux - A. Tranoy 1973. "Rome et les indigènes dans le nord-ouest péninsulaire". *Mélanges Casa de Velázquez* 9, 177-231.

A. Lorrio 1991. "Los Celtas en el Noroeste", *Revista de Arqueología Extra*, Madrid 26-35.

D. M. MacDowell 1986. *Spartan Law*, Edimbourg.

J. Maluquer 1946. "Las culturas hallstätticas en Cataluña". *Ampurias* 7-8, 115-184.

J. Maluquer y B. Taracena. J. Maluquer. "Los Pueblos de la España Céltica". R. Menéndez Pidal (Ed). *Historia de España* I, 3. 1954. 1-299.

F. Marco 1976. "Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz", *Pyrenae* 12, 73-91.

F. Marco 1987. "La religión de los Celtíberos". *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza, 55-74.

F. Marco e.p. "Heroización y tránsito acuático: sobre las diademas de San Martín de Oscos. *Homenaje a J.M. Blázquez (Anejos de Gerión)*.

F. Marco - V. Baldellou 1976. "El mausoleo ibérico de Binéfar", *Pyrenae* 12, 91-105.

G. Martínez Pinna 1981. *Los orígenes del ejército romano*. Tesis doctoral de la Universidad Complutense. Madrid.

V. Martínez - J. Arenas 1988. "Un hábitat de Campos de Urnas en las Parameras de Molina (Embaj, Guadalajara)". *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Ciudad Real, 269-273.



F.H. Massa-Pairault 1986. "Notes sur le problème du citoyen en armes: cité romaine et cité étrusque". *Guerre et société en Italie aux Ve. et IVe. siècles avant J.-C.* Paris, 29-50.

J. V. S. Megaw - D. D. A. Simpson 1981 (eds.). *Introduction to British Prehistory*. Leicester.

M. Palomar Lapesa 1957. *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*. (Acta Salmanticensia 10). Salamanca.

L. Pauli 1980. "Die Ursprung der Kelten. Sin und Unsinn einer alten Frage", *Die Kelten in Mitteleuropa*. Hallein-Salzburg, 16 s.

E. Peralta 1990. "Las cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua", *El Basilisco* 3, 49 ss.

G. Pereira 1982. "Los castella y las comunidades de Gallaecia", *Zephyrus* 34-35, 249 s.

G. Pereira (Ed.) 1983. *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*, Universidad de Santiago de Compostela.

G. Pereira e.p. "La nueva placa con la mención de la 'cognatio Magilancum'", *5 Kolloquium über vorrömischen Sprechen und Kulturen der iberischen Halbinsel*, Köln 1989.

G. Pereira - C. A. F. da Silva 1981. "A grande inscrição do penedo de Remeseiros. Vilar de Perdizes, Montalegre (CIL II, 2476)", *Arqueologia* 4, 142-45.

R. Pittioni 1985. "Zur Ur- und Frühgeschichte der Hispania Antiqua", *Homenaje a H. Vetters*, Wien 19-23.

T.G.E. Powell 1958. *The Celts*, Norwich.

W. P. Pritchett 1974. *The Greek State at War*, Berkeley, California.

A. L. Prosdocimi 1989. "Le religioni degli Italici", *Italia* Milano, 477-547.

A. L. Prosdocimi 1989a. "La iscrizione gallica de Larzac e la flessione dei temi in -a, -i, -ja. Con un excursus sulla morfologia del Lusitano: acc. crougin, dat. croegeai", *Römisch-Germanische Forschungen*, 94, 190-205.

J. M. Ramos Loscertales 1942. "Hospicio y clientela en la España céltica", *Emerita* 308-337.

C. Renfrew 1987. *Archaeology and languages. The puzzle of indoeuropean origins*, London.

F. Rodríguez Adrados 1946. "La fides iberica", *Emerita* 14, 128-209.

A. Rodríguez Colmenero e.p. *Corpus-Catálogo de inscripciones rupestres de época Romana del cuadrante Noroccidental de la Península Ibérica*, Santiago de Compostela.

A. Romero 1991. *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, Valladolid.

M. Ruiz-Gálvez 1982. "Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas", *Homenaje a A. García Alén. El Museo de Pontevedra* 36.

M. Ruiz-Gálvez 1984. *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 139/84. Madrid.

M. Ruiz-Gálvez. 1985-86. "El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la Arqueología Social", *Kalathos* 5-6, 71-106.

- M. Ruiz-Gálvez 1991. "Songs of wayfaring lands", *Oxford Journal of Archaeology* 10, 3, 277-306.
- G. Ruiz Zapatero 1984. "Cogotas I y los primeros Campos de Urnas en el Alto duero", *Actas I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 169-185.
- G. Ruiz Zapatero 1985. *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 83/85.
- G. Ruiz Zapatero 1988. "Elementos e influjos de tradición de 'Campos de Urnas' en la Meseta Sudoriental", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, 3. Ciudad Real, 257-267.
- G. Ruiz Zapatero e.p. "El concepto de Celtas en la prehistoria europea y española", *Los Celtas: Europa y España*, Curso Verano de la Universidad Complutense en El Escorial. 10-14 agosto 1992. *Complutum extra*.
- L. Ryckwert 1976. *The Idea of Town*, London.
- J.D. Sacristán 1986. *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero*, Valladolid.
- E. Sangmeister 1960. "Kelten in Spanien", *Madrider Mitteilungen* 1, 75-100.
- K. H. Schmidt 1979. "Probleme des Keltiberischen", *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Tübingen, 319-341.
- K. H. Schmidt 1985. "A Contribution to the identification of Lusitanian", *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Lisboa 1980. Salamanca, 319-341.
- W. Schule. 1969. "Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel", *Madrider Forschungen* 3, Berlin.
- A. Schulten 1914. *Numantia I*, München.
- A. Schulten 1944. *Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma*, Madrid.
- A. Schulten 1959-1963. *Geografía y Etnología antiguas de la Península Ibérica*, Madrid.
- A. Schulten y L. Pericot (Ed.) 1922-1952. *Fontes Hispaniae Antiquae*, I-VI. Barcelona.
- A. C. F. da Silva 1986. *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- A. Snodgrass 1964. *Early Greek Armours and Weapons*, Edimburgh.
- G. Sopena 1987. *Dioses, ética y ritos*, Zaragoza.
- M. Torelli 1990. "Riti di pasagio maschili di Roma arcaica", *MEFRA* 102, 1, 93-106.
- A. Tovar 1950. "Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península", *Zephyrus* 1, 33-37.
- A. Tovar 1957. "Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico", *Zephyrus* 8, 77-83.
- A. Tovar 1960. *Lenguas prerromanas indoeuropeas: testimonios antiguos*, *Enciclopedia Lingüística Hispana* 1. Madrid, 5-26 y 101-126.
- A. Tovar 1961. *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, New York.
- A. Tovar 1973. "Las inscripciones de Botorrita y Peñalba de Villastar y los límites orientales de los Celtíberos", *Hispania Antiqua*, 367-405.

A. Tovar 1985. "La inscripción de Cabezo das Fraguas y la lengua de los lusitanos", *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Lisboa 1980. Salamanca, 227-253.

A. Tranoy 1981. *La Galice romaine. Recherches sur le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, Paris.

Chr. Ulf 1982. *Das römische Lupercalienfest*, Darmstadt.

J. Untermann 1965. *Elementos de un atlas antropológico de la Península Ibérica, Bibliotheca Praehistorica Hispana 7*, Madrid.

J. Untermann 1980. *Monumenta Linguarum Hispanicarum II. Die Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich*, Wiesbaden.

J. Untermann 1981. "La variedad lingüística nell'Iberia preromana", *Aion* 3, 15-35.

J. Untermann 1983. "Die Keltiberer und das Keltiberische", E. Campanile (Ed). *Problemi di lingua e di cultura nel campo indoeuropeo*, Pisa, 109-128.

J. Untermann 1985. "Los teónimos de la región lusitano-gallega", *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Lisboa 1980. Salamanca 343-363.

J. Untermann 1987. "Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch", *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Vitoria 1985, 57-76.

J. Untermann 1990. *Monumenta Linguarum Hispanicarum III. Die iberischen Inschriften aus Spanien, 1 y 2*, Wiesbaden 1980.

J. Valiente 1984. "Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares", *Wad-Al-Hayara* 11, 9 ss.

F. Villar 1991. *Los Indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e Historia*, Madrid.

K. W. Welwei 1983. *Die griechische Polis*, Stuttgart.

R. F. Willers 1965. *Ancient Crete: A Social History*, London.